

El que gira la cabeza y el fuego: historia y novela

Carmen Boullosa

Aquí en el centro del mundo, pero la Tierra no es el centro del mundo, uno se inflama o se seca, la Tierra misma es páramo: de ella vinimos; nos parecemos a su piel, sonamos verdes o blandos según las estaciones, todo transcurre en una mudanza, cumplimos años tan ligeramente, nos quemamos y ardemos, pedimos plazo y más plazo; viene el Tiempo, ¿quién quién hilará después el hilo que hilaremos?

La Poesía se adelanta y sus agujas marcan el vuelo de las aves.

Gonzalo Rojas, *Un bárbaro en el Asia*

1.- el tiempo

El pasado, el tiempo transcurrido, es materia presente en el momento de la escritura. Al trabajar con las palabras, el escritor lo despierta: es un día mañana del puño a la hoja, que cuaja «hoy» en la tinta trazada. El pasado, al escribir, no es historia, es porvenir, es presente. La palabra es hija del tiempo; hechura del ayer; presente que consigue hacer estallar el sentido como si fuera el natural de la palabra darse a entender en la sencillez y el instante: al escribir la palabra «fuego», es ahora, aquí, que el fuego enciende: al escribir la palabra «fuego», el ayer más remoto que lo enfundó entre esas modulaciones de la lengua, reaparece, fresco como si

acabara de nacer: el hombre vuelve a controlar por primera vez el fuego en su escritura: es el amo del mundo.

Su dominio es engaño. El fuego escapa a la palabra fuego, «fuego» apenas dicha renace a su propia existencia, sin tocar ni el puño, ni el papel, ni la tinta. El fuego emprende la fuga. Pero el fuego puede reaparecer cuando los ojos del lector cruzan con la vista la página. Donde dice «fuego», éste puede reaparecer. El pasado es presente. El pasado inmemorial donde la cosa y la palabra fueron uno indisoluble. El pasado memorioso donde la cosa quedó enfundada en la palabra, abandonándola. El tiempo intermedio, el tiempo en que los hombres y las mujeres repitieron uno

a otro la palabra «fuego», para no olvidarla, para mencionar el fuego, para entenderse entre ellos, para calentarse unos a otros, para quemarse. Para invocar la guerra y la violencia. El hombre domina el fuego en materia y en palabra, es el amo del mundo. La guerra y la violencia son sus coronas. La destrucción su manto. La lengua su pasado, su presente y su única opción a futuro.

Al dominar el fuego, al ser capaz de provocarlo el amo del mundo (el hombre) arrasa bosques, destruye la vegetación de los valles, e, invocando aquel primer poder, es el ángel de la guerra.

En la existencia de la lengua está el otro dominio del fuego. El primer dominio (conseguir provocarlo a voluntad, saber traerlo a las ramas y los troncos, frotando el pedernal) es el olvido del pasado. El dominio del fuego por medio de la palabra lleva a franquear la puerta donde pasado y presente se comunican por el pasillo del futuro, donde los tiempos conviven, necesitándose, uno sin el otro imposibles.

¿Cuál sería, en estos términos, la relación de la historia como materia prima para la literatura? ¿Cuál, si la literatura es la invocación del pasado -sin pasado (es lenguaje) no puede existir-? ¿Cuál, si se abre al presente en el momento de formular la palabra y a futuro cuando el lector pasa sus ojos por la rudeza de la página, como aquel hombre primigenio que

frotó el pedernal para sacar la chispa?

El dueño del fuego, el que arrasa los bosques, camina junto a otro de su especie, uno que se le parece pero que, mientras él avanza con la tea ardiendo, buscando la rama seca donde poder sembrar la destrucción de su fuego, camina con la cabeza girada hacia atrás. Completamente vuelta hacia atrás, con la flexibilidad monstruosa del contorsionista. Un ser humano idéntico al dueño del fuego, pero de quien lo distingue la dirección de su cabeza. No ve hacia dónde avanzan sus pies, mira hacia donde sus pies acaban de pisar. Sus pies se dirigen hacia donde el torso apunta; su mente a donde sus ojos miran. ¿Qué ven sus ojos? Lo que se va, lo que desaparece, lo que el fuego sembrado por su congénere arrasa, destruye, lleva a la muerte. En su cuerpo, no ve la punta de sus pies, ni el órgano con que penetra, ni los pechos con que da a mamar la vida a sus hijos. Ve la indefensión de su espalda.

Caminar hacia el lado opuesto de donde sus ojos ven, lo vuelve el habitante de una tierra imaginaria, hecha toda de pasado, aunque con una relación más que inmediata con el presente. Porque él, o ella, sí ven al presente, giran frecuentemente el cuerpo para encontrar, con la indefensión de su espalda, la fisonomía del miedo y el asombro. «¿Esto será pasto para las llamas?», se pregunta.

Aquello que para el incendiario no es más que presente que se irá entre las cenizas y el arder de la llama, sorprende y llena de pavor al de la cabeza girada. Ante la sinrazón del incendiario, se impone el orden de su ceguera y el torcimiento de su cabeza: la coherencia brota en el refugio abierto de la memoria.

El que lleva la cabeza hacia atrás es el hombre o la mujer que va escribiendo. Lo que las llaman quemar, reaparece en su imaginación. Lo que sus pies pisan no es pasto para las llamas: es futuro posible. Es posibilidad. Lo ilumina la luz de la esperanza, irradiando desde el pecho desnudo de ojos, desde el pecho coronado por la nuca: lo ilumina la inteligencia, la elucubración, la imaginación, la ceguera. El que mira al frente y va quemando, lleva sobre el pecho la doble antorcha devastadora de sus ojos, lo ilumina la luz estéril de la flama. El de la cabeza hacia atrás va haciendo historia, creando memoria y recuerdo, y con ello futuro. Para el incendiario, el planeta está formado por un eterno baile de llamas y por los océanos, y estos mares son puente a otro baile de llamas. Busca caminos y barcos, aviones y cohetes pues iluminado por sus teas ardiendo necesita más pastos secos para irradiar su destrucción. El dominio del fuego lo induce al incendio, lo hace desear, necesitar el incendio.

El que lleva la cabeza torcida busca recordar. Entrenado como está para

usar la imaginación como lazarillo (no lo ayudan los ojos para avanzar por su camino), **la aguja** para ver lo que las **llamas** han consumido por completo, y escribe sobre los tiempos devorados, **inexistentes**, sólo cenizas; usando la imaginación, los reconstruye. Hace de ellos materia actual, materia del presente, puente hacia el futuro. Mientras los ojos no le dicen nada al incendiario, el de la cabeza torcida trata de justificar el presente escarbando con los ojos de la imaginación en la memoria: así como Sor Juana reescribe **su genealogía**, Borges accede a tiempos más allá de los más antiguos tiempos. Sor Juana se funda en los ejemplos de la sabiduría de la Reina de Saba, Fabiola, Leoncia, Hipasia, para protegerse de la orfandad a que la «condena» su condición femenina. Borges, en cambio, remueve los cimientos de su tierra elemental, la literatura, al traer a Homero **a sus páginas, un Homero eterno**, sin tiempo y con la cabeza al frente, un Homero que desconoce el pasado, por lo tanto el presente, por lo tanto el futuro y su eternidad de llama que se consume consumiendo². El Homero de Borges no es ciego, como lo es Borges, como los son los seres de cabeza hacia atrás, los escritores. El Homero inmortal de Borges tiene ojos, por lo tanto no ve. En su mano lleva la tea incendiaria.

La literatura tiene dos voces, o modula su voz única de dos distintas

maneras. En una, vuelve a lo ya ocurrido, a lo que está ocurriendo. En otra, escala con la imaginación lo que no ha pasado, haciéndolo cierto en sus páginas. El Quijote aparece real, como Amadis, como Morel y su máquina. Con las dos voces recorre lo que rescata en su imaginación de las llamas provocadas por la tea del incendiario que avanza en la línea implacable del tiempo.

Sabe que la materia de que habla es optativa. Que su materia prima, la palabra, es quien es recuperación del pasado y cabeza girada hacia el presente que devoran las llamas. Sabe que su verdad son las palabras. Que si los ojos del incendiario no son capaces de ver cuánto quema su acto loco y destructivo, él va recuperando, en el territorio siempre vivo de la palabra, lo que las llamas quieren devorar. El sabe que el destino del hombre es destrucción y que aún así su alma (siempre insatisfecha) desea la tierra viva y el oscuro territorio del infinito para saciar su hambre de oscuridad y de infinito. Al hombre la noche no le basta. La muerte que regala naturaleza no le basta. Desea más: más muerte, más oscuridad. Su apetito no tiene medida. Pide lo que no debiera pedirse, y en cantidades compulsivas.

Avanza de día y de noche con la tea encendida, destruyendo.

2.- el desorden del tiempo

Tanto la historia como el futuro o

el presente, o lo que no ha ocurrido en cualquiera de los tiempos, han sido tema para la literatura. La anécdota (o la ausencia de anécdota) alrededor de la cual el escritor levanta el resistible-a-la-flama castillo de palabras puede provenir del pasado o del presente o de lo que no ha existido ni existirá. Puede ser materia de arqueología, exceso de detalle de tiempos pretéritos, o materia de fantasía, de mera invención; puede ser observación minuciosa, «arqueológica» de los tiempos presentes, sin que su proveniencia dañe el carácter literario del texto³. En Walter Scott y en el *Salammbó* de Flaubert la espesura de un sin tiempo eterno abandonó a la literatura, el hoy se inmiscuyó en el vértigo del pasado y del futuro⁴. La certeza de la historia entró a la literatura, y no puede abandonarla. Con esta certeza, tan materia histórica es lo pasado como lo porvenir, nuestra reunión aquí, como el exilio de Ovidio. El ser que camina con la cabeza girada hacia atrás se convierte en un luchador, rescatar de las flamas es cuestión de tiempo. El tiempo corre también para él. Los pies pueden quemársele.

El tiempo no es su aliado ni su enemigo: aquí está. Es un inevitable. Hable de lo que hable, Cartago e Ivanhoe lo miran desde sus épocas. Si la materia prima de la palabra está teñida de ayer, si es memoria porque ha sido hecha del tiempo, después de Scott y de Flaubert el tiempo entra

sin memoria, como un río que corre en el quehacer mismo del escritor. Aquello que construye con la palabra, el edificio que rescata de las llamas creándolo, también está hecho de tiempo, éste otro tiempo sin memoria, este tiempo punzante que es la certeza de que las horas se irán, los años se irán: estamos hundidos en el río del tiempo.

Porque al cambiar el reloj de las páginas, el fluir del tiempo perdió su **imaginaria armonía**. Ayer, hoy, mañana, conviven y se entremezclan. Estamos hundidos en el río del tiempo, pero somos como truchas corriendo río arriba, como truchas que no siguen su flujo. No nos arrastra, pero no podemos sacar de él la cabeza y somos sólo tiempo: tiempo en los edificios **sin tiempo de Armonía Sommers**⁵, de Marosa di Giorgio⁶. Tiempo en Napoleón Baccino Ponce de León', quien tempofóbico trazó su novela de tema «histórico» con cuadros fijos que la convierten en un texto radicalmente opuesto a una novela épica, obligando con maestría el discurso novelesco a una fijeza plástica. Tiempo en Ignacio Solares' cuando rescata en sus novelas pasajes «históricos» de México. Tiempo en Ana García Bergua⁹, que en su novela *El umbral: travels and adventure* salta al cerco de la fantasía un retrato familiar y la visita permanente a la biblioteca universal. No cabe ya hablar del género novelas-históricas.

Las distancias temporales se han acortado. Por la literatura, por los medios audiovisuales, el ayer nos parece cercano. Casi nos toma la mano el primer hombre. Los años, cortos, parecen instantes que podemos cruzar sin sobresalto. Ayer, antier, anteantier, tiempos inmemoriales nos circundan, están a la mano, podemos tomarlos. ¿Por qué no usarlos de materia para la inventiva, avanzar hacia ellos, rescatarlos de las llamas, contaminarlos de nuestro hoy efímero?

¿O no es en todos los lugares que los ayeres se entrecruzan en el camino del día hoy, y sólo es en México? ¿Que como habitante de la ciudad de México hago una lectura parcial y equivocada? Porque el ayer, en esta ciudad, forma parte presente del presente. Si el paso de los años cierra cicatrices, en México las abre. Si el paso de los años entierra lo ocurrido, en México el paso de los años saca a luz lo que otros años enterraron. En el centro de la ciudad, el Templo Mayor de los aztecas fue terminado de desenterrar por los arqueólogos en el centro de la ciudad de México, en 1983. Ha aprovechado sus once años a la luz del sol, como si su esencia fuera vegetal y no de piedra muerta, para crecer. No hay peso arriba de él, las piedras parecen aflorar. Estuvo bajo el nivel del piso, ahora-ha alcanzado el de la calle. El hundido emergió, creció. El muerto creció. Cuanto lo circunda se hunde. Siete y medio centímetros se hunde el área

central de la ciudad de México anualmente, pero el Templo Mayor, tal vez porque sus dioses lo insuflan de levedad, se ha hundido un metro menos¹⁰. La Catedral católica frente a él, se está viniendo a pedazos. El fervor de sus fieles no puede sostenerla. Las hordas que la visitan sólo consiguen lastimar más sus ya muy débiles paredes. La Catedral se sostiene porque han cercado sus muros y columnas con sostenes artificiales de metal". Al Templo Mayor de los aztecas no han conseguido hacerlo entrar en cintura.

Los dioses no respetan las circunstancias. Muertos ya los de los antiguos mexicanos, no quieren aceptar su muerte y empujan hacia el cielo las piedras del templo donde se les adoraba. El dios cristiano, vivo en el fervor mexicano, no interviene, displicente. No hay cordura. El ayer muerto se entrecruza vigoroso en el hoy. ¿Cómo resistirse, como novelista, a utilizarlo como materia literaria, aún a sabiendas de la incordura del tiempo? No hay distingo. Parece por momentos más cercano al hoy de una ciudad que hace un momento fue una isla y hoy es un despeñadero construido sobre arcilla. El lodo seco de nuestros cimientos nos amenaza con su resequedad arenosa. Los lagos recuerdan su territorio. En el terremoto de 1985, la tierra dudosa de nuestra ciudad hizo viajar las ondas sísmicas como si fuera agua¹². La arcilla guarda la memoria del agua de

los lagos del Valle. El ayer guarda la memoria de cuando fue el presente. Parecería que así como el de la tea ha terminado por incendiarlo casi todo, el de la cabeza girada ha también hecho reinar el desorden de la memoria en el presente caótico de la tierra. No es verdad que esto sólo ocurra en México: las sombras más negras del ayer nos tienden los brazos. Las sombras que no imaginamos fueran a resucitar. La supuesta verticalidad del tiempo, quedó rota. Quienes aplaudieron efusivamente la llegada de W. Scott, no imaginaron que su arbitrario ordenamiento forzado del tiempo terminaría por craquelarlo, que pasados los años la «novela histórica» que no fuera retórica sería la novela que rompiera en su puño el orden del tiempo. Los de la cabeza girada, se refugiaron en el minucioso y detenido ordenamiento del tiempo. Pero su refugio se vería vencido por el estruendo de la guerra y el calor del incendio. Hay que correr para que no los devoren las llamas.

Los dioses, aquellos que daban orden y sentido al mundo, han muerto. No tienen más poderes. El reloj y el calendario han perdido también el poder.

Los muertos caminan un paso adelante del incendiario. Cuando baja su tea encendida al pasto, lo encuentra en llamas. Cuando sus ojos ven la rama seca, de inmediato la ven consumida en las flamas que él no ha sembrado. Lo devora un pasado que

se le adelanta. Entonces, los de la cabeza hacia atrás, hacen un juego inmisericorde con el tiempo. Lo suyo no es ya sólo recordar, sino salvar la conciencia del tiempo. Optan por reconstruir en el espacio de la novela, cuerpo total, un tiempo completo, organizado, que avanza de ayer hacia **el mañana**, que tiene un principio y un fin y se centra en el encanto de la anécdota (como hace Luis Sepúlveda", que revive la novela de aventuras con delicadeza y pericia, utilizándola para decir lo que él quiere decir), o puede detenerse afuera del tiempo lineal para llevarlo al martirio y organizándolo, o no, levantar una novela ajena al poder de la anécdota, entregada a la inteligencia del lenguaje (como Diamela Eltit¹⁴), o jugar con ambas como consigue Luis Arturo Ramos" o como lo hacía **genialmente** la gran Clarice Lispector. Un novelista ejemplar para señalar la relación anécdota-historia, lenguaje-literatura, es el de por sí ejemplar Reinaldo Arenas. Convierte en materia literaria, primero que nada su escritura, viva, saltando sobre las páginas, en segundo lugar el tema elegido: la vida de Fray Servando y Teresa de Mier, la denuncia de los campos de concentración para homosexuales en la provincia de Camagüey en Cuba, o su infancia. En *Arturo, la estrella más brillante*, al recuento minucioso de la abyecta humillación a los homosexuales, **suma** la construcción de un mundo imaginario, pare-

cido a las escenografías de Rubén Darío, que el protagonista Arturo intenta elaborar para huir del campo de trabajo forzado al que lo han confinado por homosexual, un mundo para el habitante de un sueño, que no es él, un bello adolescente, perfecto, desnudo, al que él desea. Lo imaginario y el documento, lo fantástico y la historia son devorados y digeridos como materia literaria por el apetito violento de su escritura, como consiguie devorar, al atraparlo en su flujo iracundo, al lector.

Los dioses no responden, o por lo menos no responden al fervor que debiera sustentarlos. Nos espera un fin de siglo atroz, sin fe, sin utopías, sin convicciones. El gozne de la imaginación es el puente imprescindible para no despeñarse. Porque si nuestra conciencia del tiempo rompe el paso lineal del tiempo, este rompimiento no tiene por qué respetar la unidad de almas y cuerpos. Monstruoso, el individuo reclama sentido. Monstruoso, destrozado, como **aquella mujer-niña** de un cuento de Inés Arredondo, en el que se sueña:

sobre una cama dura, cubierta por una blanquísima sábana, estaba yo, pequeña, una niña con los brazos cortados arriba de los codos y las piernas cercenadas por encima de la rodilla, vestida con un pequeño batoncillo que descubría los cuatro muñones.

Los parientes de la madre, muerta como el padre en el accidente que la mutiló, entran a reconocerla:

Mi corazón palpité de alegría. Había llegado el momento de los parcidos, y en medio de aquella fiesta de alabanzas - ¡Qué bonita es!, ¿mira qué ojos!- no hubo ni una sola mención a mis mutilaciones. Había llegado el momento de la aceptación: yo era parte de ellos.

En lugar de identificarla como una de ellos:

por alguna razón misteriosa, en medio de sus risas y su parloteo, fueron saliendo alegremente y no volvieron la cabeza.

Entran los parientes del padre, la encuentran monstruosa:

¿para qué salvó eso?... Es francamente inhumano... y entre carcajadas soeces salieron sin que yo los hubiera mirado.

Al final del cuento, despierta:

los cuatro muñones y yo, tendidos en una cama sucia de excremento. Mi rostro horrible, totalmente distinto al del sueño: las facciones son informes. Lo sé. No puedo tener una cara porque nunca ninguno me reconoció ni lo hará jamás. '6

Un texto, escrito por los indios del colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, el primer instituto de Altos Estudios en lo que entonces se dio en llamar la Nueva España, donde se enseñaba a los alumnos indios gramática, teología, un texto, publicado como apéndice de la *Historia General de la Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún, recuerda, en el pasado, el texto de Inés Arredondo:

Lo que se llama 'destrozamiento' solamente se hacía en el patio de los señores. El destrozador entraba a la casa de los reyes; se paraba en el patio.

Entonces se corta y pone aparte sus manos, sus pies; en otra parte sus coyunturas; por todas partes va poniendo (lo que se corta).

Cuando ya se ha destrozado todo, lo tapa con una manta de color rojo: con esto otra vez crecen, brotan, se levantan, como si no hubiera sido destrozado nada parte a parte. Entonces se descubre.

Cuando ha hecho estos juegos de prestidigitación, es gratificado por ello."

Huérfanos en el solar del destiempo, desprovistos del poder del destrozador náhuatl, del poder de aquellos hombres incorporados a su visión del orden del cosmos, el manto del que hemos de cubrirnos para recuperar, frente al caos, la unidad del cuerpo, del alma, de la conciencia.

cia, la armonía ajena al destroza-
miento, es el manto del lenguaje. El
que es pasado, que siempre lo ha sido,
que es puente al futuro, porque siem-
pre lo ha sido también, es la única
verdad en el libro. El libro, talismán
entre las llamas, arma de la memoria,
entendimiento de lo que es pasto para
el fuego. Diálogo con el pasado para
poder brincar el cerco de las llamas
hacia el futuro. El texto de Inés
Arredondo al que he hecho mención
se llama *Orfandad*: por qué no bus-
cará como materia narrativa el texto
literario, el que tiene todo el poder en
su lenguaje, en la historia, en nuestro
pasado, el cómo o con qué expresarse
para hacerse de una genealogía, el
vehículo para sanar su cuerpo, para
hacer retoñar a los muñones y rena-
cer los padres y los abuelos. Suelos
en un tiempo sin memoria, somos
peor que la niña en la cama sucia de
excrementos.

¿Por qué no caminar con la cabe-
za girada hacia atrás, cubrirse con el
manto rojo de las palabras para cru-
zar el incendio, y para conseguir que
el cuerpo deforme alcance la
corporeidad armónica del sentido,
buscar en el pasado el paisaje donde
la genealogía de los propios senti-
mientos pueda fermentar y cobrar for-
ma válida de la fantasía, de la imagi-

nación, de la memoria? Iluminados a
la luz del pasado que trae vivo al
presente la palabra, con la indefen-
sión de la espalda al frente y la luz de
la nuca, la luz del cerebro, ciegos de
ojos que buscan el objeto de la des-
trucción y el terreno para dejar caer
la cólera del apetito perverso, del
hambre de oscuridad y muerte, po-
dríamos (por qué no) empezar a fra-
guar otra mejor invención de noso-
tros mismos. Del animal de la guerra
podríamos mudar a ser la especie que
rescata los códices diversos de las
hogueras de Maní, los inmóviles bus-
cadores de mundo, los rescatadores,
los que en el terreno hecho así posi-
ble del futuro, como única actividad
recuerdan. Ser como el destrozador,
que

*«Entonces se corta y pone aparte
sus manos, sus pies, en otra parte
sus coyunturas; por todas partes va
poniendo (lo que se corta).*

*Cuando ya se ha destrozado todo,
lo tapa con una manta de color rojo:
con esto otra vez crecen, brotan, se
levantan, como si no hubiera sido
destrozado nada parte a parte. En-
tonces se descubre.*

*Cuando ha hecho estos juegos de
prestidigitación, es gratificado por
ello».*

NOTAS

- 1 Confieso también que con ser esto verdad tal que, como he dicho, no necesitaba de ejemplares, con todo no me han dejado de ayudar los muchos que he leído, así en divinas como en humanas letras. Porque veo a una Débora dando leyes, así en lo militar como en lo político, y gobernando el pueblo donde había tantos varones doctos. Veo a una sapientísima reina de Saba, tan docta que no se atreve a tentar con enigmas la sabiduría del mayor de los sabios, sin ser por ello reprendida, antes por ello será juez de los incrédulos. Veo tantas y tan insignes mujeres: una adornadas del don de profecía, como una Abigail; otras de persuasión, como Ester; otras de piedad, como Rahab; otras de perseverancia, como Ana, madre de Samuel; y otras infinitas, en otras especies de prendas y virtudes. Si revuelvo a los gentiles, lo primero que encuentro es con las Sibilas, elegidas de Dios para profetizar los principales misterios de nuestra Fe; y en tan doctos y elegantes versos que suspenden la admiración. Veo adorar por diosa de las ciencias a una mujer como Minerva, hija del primer Júpiter y maestra de toda la sabiduría de Atenas. Veo una Pola Argentaria, que ayudó a Lucano, su marido, a escribir la gran Batalla Farsálica. Veo a la hija del divino Tiresias, más docta que su padre. Veo a una Cenobia, reina de los Palmirenos, tan sabia como valerosa. A una Arete, hija de Aristipo, doctísima. A una Nicostrata, inventora de las letras latinas y eruditísima en las griegas. A una Aspasia Milesia que enseñó filosofía y retórica y fue maestra del filósofo Pericles. A una Hipasia que enseñó astrología y leyó mucho tiempo en Alejandría. A una Leoncia, griega, que escribió contra el filósofo Teofrasto y le convenció. A una Jucia, a una Corina, a una Comelia; y en fin a toda la gran turba de las que merecieron nombres, ya de griegas, ya de musas, ya de pitonisas; pues todas no fueron más que mujeres doctas, tenidas y celebradas y también veneradas de la antigüedad por tales. Sin otras infinitas, de que están los libros llenos, pues veo aquella egipciaca Catarina, leyendo y convenciendo todas las sabidurías de los sabios de Egipto. Veo una Gertrudis leer, escribir y enseñar. Y para no buscar ejemplos fuera de casa, veo una santísima madre mía, Paula, docta en las lenguas hebrea, griega y latina y aptísima para interpretar las Escrituras. ¿Y qué más que siendo su cronista un Máximo Jerónimo, apenas se hallaba el Santo digno de serlo, pues con aquella viva ponderación y enérgica eficacia con que sabe explicarse dice: Si todos los miembros de mi cuerpo fuesen lenguas, no bastarían a publicar la sabiduría y virtud de Paula? Las mismas alabanzas le mereció Blesila, viuda; y las mismas la esclarecida virgen Eustoquio, hijas ambas de la misma Santa; y la segunda, tal, que por su ciencia era llamada Prodigio del Mundo. Fabiola, romana, fue también doctísima en la Sagrada Escritura. Proba Falconia, mujer romana, escribió un elegante libro con centones de Virgilio, de los misterios de Nuestra Santa Fe. Nuestra reina Doña Isabel, mujer del décimo Alfonso, es corriente que escribió de astrología. Sin otras que omito por no trasladar lo que otros han dicho (que es vicio que siempre he abominado), pues en nuestros tiempos está floreciendo la gran Cristina Alejandra, Reina de Suecia, tan docta como valerosa y magnánima, y las Excelentísimas señoras Duquesa de Aveyro y Condesa de Villaumbrosa.
(Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz)
- 2 «de esos mezuquinos agujeros... emergían hombres de piel gris, de barba **negligente**, desnudos. Creí reconocerlos: pertenecían a la estirpe bestial de los trogloditas, que infestan las riberas del Golfo Árabe y las grutas etiópicas; no me maravillé de que no hablaran y de que devoraran serpientes...» A uno de estos trogloditas, que ante el asombro de la lluvia pronuncia palabras, le pregunta el narrador «qué sabía de la *Odisea*». «Muy poco, dijo. Menos que el rapsoda más pobre. Ya habrán pasado mil cien años desde que la inventé». *El inmortal*, Jorge Luis Borges.
- 3 V.: Amado Alonso, Ensayo *sobre la novela histórica* (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Argentina, 1942), aún cuando las «dudas» ahí expuestas sean a nuestros ojos extemporáneas.
- 4 V.: Gyorgy Lukacs, *La novela histórica* (Ed. Grijalbo, México, 1976, p. 3): «Lo decisivo de esta influencia secular de Walter Scott es, empero, que la novela social se historiza con él, que los escritores se ven obligados a captar y configurar su propio presente como momento de la historia», y Amado Alonso, op. cit. (p. 128): «La primera de todas las novelas arqueológicas, por la fecha y por la asombrosa elaboración artística, es *Salammbó*».
- 5 Narradora uruguaya, muerta en 1994. Es autora de *Un retrato para Dickens*, *La mujer desnuda*, *El derrumbamiento*, *La calle del viento norte*, *Sólo los elefantes encuentran* mandrágora, *Viaje al*

corazón del día.

- 6 Poeta uruguayo, **nacida probablemente en los cuarentas**, autora de los varios volúmenes *Los papeles salvajes*.
- 7 Narrador y periodista uruguayo, autor de *Maluco*, nacido en 1945.
- 8 Ignacio Solares (n. en Ciudad Juárez, Chihuahua, México en 1945) novelista y dramaturgo mexicano, autor de la sobresaliente novela *Madero, el otro*.
- 9 Novelista mexicana, autora de la única novela citada. Nació en 1960.
- 10 Dato conseguido directamente en el Museo del Templo Mayor, de la Ciudad de México, en la oficina del Doctor Eduardo Matos Moctezuma.
- 11 Cito una carta aparecida en un periódico de la ciudad de México a la que titularon «Indignación de estudiosos por el deterioro de la Catedral»: «Los miembros del Seminario de Conservación del Patrimonio Artístico Monumental del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM queremos manifestar públicamente nuestra indignación ante la actual situación crítica de la catedral de México, a causa principalmente de los daños sufridos por sus bienes inmuebles. Al respecto, el año pasado este Seminario llevó a cabo un coloquio con el tema «La Catedral de México: problemática, restauración y conservación en el futuro», en el que participaron destacados historiadores del arte, así como expertos en el rescate y conservación de monumentos. En las conclusiones de la reunión se solicitó a las autoridades... la instrumentación de un proyecto integral de rescate del monumento que incluyera tanto la construcción como sus tesoros artísticos. Desafortunadamente, nuestra petición no fue atendida, habiéndose registrado graves daños en diversos bienes muebles que se resguardan en el templo, tales como los escurrimientos en el óleo titulado 'Triunfo de la fe', de José de Alcívar, localizada en la Sala Capitular, y la reciente desaparición de la bodega del edificio de la ex Mitra de la pintura de Juan Correa conocida como 'Alivio de un cura devoto'. El más reciente e infortunado daño lo padeció, días atrás, el retablo principal de la capilla de San Cosme y San Damián donde, a causa de las recientes lluvias y de las múltiples grietas presenta la estructura del inmueble, se sucedieron fuertes escurrimientos que dañaron tanto a las pinturas como a la ornamentación.». etc. Firman entre otros Beatriz de la Fuente, Rita Eder, Jorge Alberto Manrique, Elisa Vargas Lugo.
- 12 Véase Revista *Vuelta* 125, abril de 1987, 'Lecciones del terremoto de 1985', por Cinna Lomnitz: «Mis cálculos preliminares indicaron que si la capa de arcilla se comportaba como agua, las olas que generaría serían precisamente semejantes a las que se observaron durante el sismo de 1985. Las misteriosas ondas de los sismogramas quedarían explicadas, pues corresponderían a un oleaje semejante al que se observa en lagos, bahías y puertos», pp. 64-67. Lomnitz termina con dos conclusiones que repito aquí por venirme como anillo al dedo: «Quienes no aprendan a tiempo del pasado se quedarán para siempre atrapados en él» y, (parecería que regionalizando se generaliza): «Ciudades como Tokio y Los Angeles están igualmente amenazadas por la misma causa».
- 13 Novelista chileno, vive **en Hamburgo** hace *más de* una década. Es autor de **la muy exitosa** *El viejo que leía novelas de amor*. Nació en 1946.
- 14 Nació en Santiago de Chile en 1949. Es autora de guiones de cine, performances y video-arte. Autora de *Lumpérica* (1983), *El cuarto mundo* (1989), *Vaca sagrada* (1992) y la investigación sociológica *El padre mío*.
- 15 **Novelista mexicano, nacido en Minatitlán, Veracruz, en 1947, autor de las novelas** *Violeta Perú* (1979), *Intramuros* (1982), *Este era un gato* (1988) y *La casa del ahorcado* (1993).
- 16 Inés Arredondo, «Orfandad», en *Obras completas*, Siglo XXI Editores, México, 1988.
- 17 Citado en la edición del Padre Garibay editada por Porrúa, en México, de la *Historia General de la Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún. Aunque esta no es la edición más apropiada para

aproximarse a este texto, *El destrozador* no aparece en la edición magnífica de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, tal vez por pertenecer a uno de los apéndices («De los hombres y las mujeres malas»), textos no incorporados por Sahagún en su versión última de la *Historia General*... Estas traducciones aparecieron por primera vez en Tlalocan.